

# **Identidades en el intervalo**

## **Identificaciones posicionales y prácticas políticas feministas**

Mónica CANO ABADÍA

Universidad de Zaragoza

### **Introducción**

¿Cómo podemos pensar la categoría de identidad de manera que no reproduzca una categoría totalitaria? Comparto con Fina Birulés su afirmación de que es necesario “ hacernos con una noción de subjetividad que permitiera dar cuenta de la diferencia (la femineidad o la judeidad, por ejemplo) como algo dado sin caer en definiciones esencialistas ni negar su especificidad histórico-política” (Birulés, 2007, 240). A mi modo de ver, se pueden utilizar dos estrategias no excluyentes para analizar los conceptos que utilizamos para hablar de nuestras identidades: por un lado, construir nuevas categorías para crear marcos conceptuales novedosos; por el otro, seguir utilizando las mismas pero destotalizadas. Ambas estrategias se han dado y siguen dándose en el seno del feminismo.

### **Destotalizando categorías**

Numerosos discursos han cuestionado la categoría de identidad problematizando su naturalidad y dando cuenta de la complejidad de su conformación. Estos discursos provienen de la filosofía, del feminismo, la crítica cultural o del postcolonialismo. La filosofía nos proporciona críticas a la metafísica occidental tradicional y, con ello, al sujeto autónomo cartesiano; si indagamos bien, podemos encontrar además comprensiones diferentes de los sujetos en David Hume, en Baruch Spinoza, en Immanuel Kant o François Poullain de la Barre. Estas propuestas filosóficas tienen consecuencias para las vidas de las personas bien diferentes a las que se derivan de una comprensión cartesiana del sujeto. Además, la filosofía

postmoderna proporciona a través del giro lingüístico interesantes herramientas para pensar el proceso de construcción de las identidades individuales y colectivas.

Por otra parte, tanto el feminismo como la crítica cultural han utilizado el psicoanálisis, si bien muchas veces un diálogo crítico con él, para comprender la subjetividad y los procesos inconscientes de su formación. El feminismo postestructuralista, sobre todo de la mano Judith Butler es el que, a mi juicio, ha sabido utilizar más en profundidad el giro lingüístico desarrollando una teoría de la performatividad para dar cuenta de los mecanismos de conformación de nuestras identidades. Por último, la crítica antiesencialista del postcolonialismo ha sido y es fundamental para la comprensión de los rasgos étnicos, raciales y nacionales de las identidades.

Todas estas puestas en discurso de la identidad contribuyen a su deconstrucción. Teniendo en cuenta toda esta estela de cuestionamientos, Stuart Hall se pregunta, nos pregunta: ¿Quién necesita identidad, y por qué? Es ésta una pregunta compleja cuya respuesta –adelanto ya mi postura– es siempre posicional y contextual.

Considero que el uso de las identidades, si bien dependiendo del contexto puede ser o debe ser necesario, ha de pasar siempre por un proceso de deconstrucción. La deconstrucción no significa la destrucción, la borradura, sino que más bien es un emborronamiento o una tachadura: “La línea que los tacha [los conceptos] permite, paradójicamente, que se los siga leyendo” (Hall, 2003, 14). Hall, siguiendo a Jacques Derrida, nos propone pensar en el límite, en el intervalo, a través de un doble proceso de reescritura desalojada y desalojadora de nuestras identidades.

Los conceptos identitarios que manejamos no desaparecen totalmente. Quizás no sea deseable que desaparezcan, pues configuran ejes a partir de los cuales la cultura nos hace emerger como sujetos; al eliminarlos, pues, suprimiríamos con ellos la posibilidad de nuestra propia emergencia: “la identidad es un concepto de este tipo, que funciona «bajo borradura» en el intervalo entre inversión y surgimiento; una idea que no puede pensarse a la vieja usanza, pero sin la cual ciertas cuestiones no pueden pensarse en absoluto” (Hall, 2003, 14).

Las construcciones discursivas no pueden ser suprimidas, pues gracias a ellas existimos, pensamos, somos viables. La estrategia de autores como Hall o Butler es la de problematizar estos conceptos para destotalizarlos, para pensarlos de otra manera. Tal y como afirma Butler: “poner en tela de juicio un supuesto no equivale a desecharlo; antes bien, implica liberarlo de su encierro metafísico para poder comprender qué intereses se afirman en –y en virtud de– esa localización metafísica y permitir, en consecuencia, que el término ocupe otros espacios y sirva a objetivos políticos muy diferentes” (Butler, 2002, 56). La fuerza de la problematización de estos términos es muy poderosa, teniendo en cuenta que son ejes que pasan transversalmente por todos los aspectos de nuestra vida y que vertebran aspectos muy importantes de nuestra existencia como sujetos.

Diana Fuss, por otra parte, considera que este proceso de deconstrucción, de emborronamiento o tachadura, sirve para mostrar la historicidad de los conceptos: se desvelan así sus procesos de construcción cultural. Al poner en evidencia este devenir histórico y cultural de los conceptos se desvela su contingencia y se contribuye a desnaturalizarlos, creando así la posibilidad de pensarlos de otra manera. Una posible estrategia para destotalizar conceptos que constriñen las subjetividades de muchas personas es, entonces, el de tratar de cambiar la historicidad de estos conceptos fomentando usos no autorizados, ilegítimos. No hemos de dejar de utilizar palabras que hoy tienen significados que incluso pueden ser opresores, sino que podemos seguir utilizándolas tratando de buscar nuevas estrategias: “Usando estas debatidas palabras es posible agotarlas, debilitarlas, transformarlas

en conceptos históricos que es lo que son y han sido siempre” (Fuss, 1999a, 124).

Siguiendo así a estas autoras, considero que la categoría de identidad, si bien ha de ser problematizada, es central tanto para pensar nuestras políticas como para pensar la agencia humana. Esta perspectiva puede ayudar a flexibilizar la noción de identidad para evitar caer en ciertas consecuencias excluyentes que hoy se pueden dar en las políticas identitarias basadas en la pertenencia a un grupo. Tal y como he afirmado en un trabajo anterior: “creo conveniente tratar de no manejar categorías estancas, cerradas, universales y definitivas, sino intentar trabajar para flexibilizarlas, lo que permite dar cabida, en nuestras comunidades políticas y personales, a una multiplicidad de sexos, géneros, perspectivas, sexualidades, razas, afectos, culturas, lenguas” (Cano Abadía, 2013, 88).

Resulta interesante recordar aquí el debate feminista que se ha dado en torno a la categoría «mujer» o «mujeres», que no es completamente expresiva. Los feminismos negros, chicanos, postcoloniales, han criticado la supuesta universalidad del sujeto del feminismo occidental:

Estas teóricas (muchas de ellas también activistas) señalan que es necesario analizar las causas que producen las diferencias de clase, raza, etnia, opción sexual o migración, y tener en cuenta cómo las experiencias de esas diferencias afectan a la de ser mujeres. Sin establecer jerarquías de opresiones, y sin considerar las diferencias como elementos que simplemente se unen unos a otros (Trujillo Barbadillo, 2009, 162).

Utilizar el término «mujeres» implica presuponer una identidad común que agrupa a todo el conjunto de las personas que se consideran a sí mismas mujeres o que son leídas como mujeres por la sociedad. Sin embargo, Butler nos dice que el concepto no es exhaustivo, que ser mujer “no es todo lo que una es” (Butler, 2007, 49) y, además, la multiplicidad y la discontinuidad del referente se rebela y se burla de la univocidad del signo «mujeres» (Butler, 1988). El género no se conforma de forma estable y coherente y, además, se cruza con otros rasgos identitarios (de clase, étnicos, regionales, sexuales, etc.) a los que hay que atender igualmente: “la «especificidad» de lo femenino, una vez más, se descontextualiza completamente y se aleja analítica y políticamente de la constitución de clase, raza, etnia y otros ejes de relaciones de poder que conforman la «identidad» y hacen que la noción concreta de identidad sea errónea” (Butler, 2007, 51).

En el seno de las políticas feministas se ha planteado la posibilidad de la utilización de un sujeto femenino con fines puramente estratégicos, con la finalidad de dar salida al problema de las consecuencias coercitivas de la construcción del sujeto «mujeres». Goyatri Spivak, a través de su idea de sujeto subalterno, ha propuesto que el feminismo necesita apoyarse en un esencialismo operacional que se base en una falsa ontología de la mujer como universal para poder presentar un programa político feminista (Spivak, 1998). Este esencialismo, por ser estratégico, no estaría ontológicamente fundado, sino que tiene bases y razones culturales.

Fuss plantea sus reservas ante esta idea de esencialismo estratégico. Fuss se pregunta por la posibilidad de que el sujeto estratégico deje de serlo y se convierta en permanente, activando así sus posibles consecuencias opresoras:

Aunque estuviera de acuerdo con Spivak en que el retorno provisional al esencialismo puede actuar con éxito en ciertos contextos como una estrategia intervencionista, también me veo obligada a preguntarme ¿en qué momento esta acción deja de ser provisional y se convierte en permanente? Existe siempre el peligro de que el efecto a largo plazo de dicha intervención «temporal» pueda, en efecto, llevar una vez más al atrincheramiento de una forma de esencialismo más reaccionario. (Fuss, 1999b, 139-140).

Sin embargo, Fuss acaba por aceptar este esencialismo estratégico dependiendo de quién lo practica y desde dónde lo practica. Así, Fuss hace hincapié en la importancia de atender a los contextos concretos que pueden ser, y son de hecho, cambiantes y fluidos. Fuss considera que se han de nombrar y considerar las diferencias que existen dentro del feminismo, aunque esto suponga tener que adoptar ciertas identidades que luego han de ser también problematizadas: “Necesitamos teorizar espacios esencialistas desde los cuales hablar y, simultáneamente, deconstruir esos espacios y evitar que se solidifiquen” (Fuss, 1999a, 118).

La identidad «mujer», para Fuss, no viene dada por la naturaleza ni por la sociedad, sino que es un constructo político que surge de la práctica feminista. Las políticas feministas son las que crean la identidad «mujer» a partir de la coalición de diversas personas que se identifican como mujer. Así, la identidad «mujer» cambia con las personas de la coalición y con las prácticas y las relaciones sociales. «Mujer» es, de esta manera, una posición social definida por relaciones de poder cambiantes.

Butler, por su parte, no acepta este esencialismo estratégico, si bien reconoce que no es lo mismo utilizar el término conociendo su insuficiencia ontológica que articular una visión feminista normativa que celebre una esencia, una naturaleza o una realidad cultural compartida. La construcción de un sujeto rígido y universal conlleva el problema de la exclusión de otros individuos que no se sienten representados dentro de la categoría; por esta razón, Butler piensa un sujeto no soberano, vulnerable e interdependiente (Cano Abadía, 2014). Se hace necesario, por tanto, liberar al feminismo de categorías universales y pasar a problematizarlas, a pensarlas emborronadas.

Las categorías identitarias que se utilizan en nuestras políticas feministas son, sin duda, problemáticas; sin embargo, existen, no podemos negar su función en los procesos de subjetivación individuales y colectivos. De esta manera, no hay que desechar toda categoría identitaria sino que hay que pensarlas, analizarlas, problematizarlas, desvelarlas, para poder pensar los sujetos de la práctica social. Para reflexionar acerca de la agencia de los sujetos políticos, se hace necesaria una visión crítica sobre estos sujetos de la práctica social, una visión abierta a la interseccionalidad y variabilidad de nuestras identidades.

Con Michel Foucault, a Hall le resulta interesante realizar teorías de las prácticas discursivas y no teorías que supongan la petrificación del sujeto cognoscente. Para ello, se ha de entender la identidad como práctica discursiva: no como una esencia o una naturaleza, sino como un proceso cultural e histórico que no acaba nunca. Esto no significa, como algunas autoras de los New Feminist Materialisms han afirmado muy recientemente, que el feminismo postestructuralista y los estudios culturales reduzcan los cuerpos a prácticas discursivas y a lenguaje, o que las identidades se expliquen dentro de un marco de constructivismo radical social o lingüístico. A este respecto, Karen Barad ha dicho que las autoras postestructuralistas confían más en el lenguaje que en la materia (Barad, 2003, 801). Judith Butler no sostiene que el cuerpo sólo es el producto de una construcción social o lingüística, sino que el orden material y el discursivo están imbricados de tal manera que no se pueden separar para acceder puramente a uno o a otro. No obstante, que estén relacionados de esta forma íntima no quiere decir que sean la misma cosa: “El lenguaje y la materialidad nunca son completamente idénticos ni completamente diferentes” (Butler, 2002, 111).

Elisabeth Grosz, por su parte, acusa a las teóricas culturales, sociales y políticas de olvidar “the nature, the ontology, of the body, the conditions under which bodies are enculturated, psychologized, given identity, historical location, and agency” (“la naturaleza, la ontología del cuerpo, las condiciones bajo las cuales los cuerpos son enculturados, psicologizados, se les da identidad, situación histórica y agencia” Grosz, 2004, 2. La traducción es mía).

Sin embargo, creo que tanto Hall como Butler, si bien no le dan un lugar privilegiado y lo someten a problematización, no se olvidan simplemente de lo material sino que lo incluyen dentro de su análisis como uno de los rasgos que conforman las identidades: “Aunque no carece de condiciones determinadas de existencia, que incluyen los recursos materiales y simbólicos necesarios para sostener, la identificación es en definitiva condicional y se afina en la contingencia” (Hall, 2003, 15). Para Hall, aunque el cuerpo no es un referente estable ha actuado como tal, y eso es lo que ha cristalizado en el proceso de subjetivación. Por esto, hay que atender al cuerpo en nuestros análisis sobre las identidades. Judith Butler aún lo deja más claro:

Los cuerpos viven y mueren; comen y duermen; sienten dolor y placer; soportan la enfermedad y la violencia y uno podría proclamar escépticamente que estos «hechos» no pueden descartarse como una mera construcción. Seguramente debe de haber algún tipo de necesidad que acompañe a estas experiencias primarias e irrefutables. Y seguramente las hay. Pero su carácter irrefutable en modo alguno implica qué significaría afirmarlas ni a través de qué medios discursivos (Butler, 2002, 13).

Para Butler, el sexo, por ejemplo, como uno de los rasgos identitarios que más se enraizan en el cuerpo, es un constructo ideal que se ha materializado históricamente a través de relaciones de poder; esto es, tiene efectos materiales concretos. Cuando Butler afirma esto, considero que no debemos concluir, como hacen Barad o Grosz, que reduce la materia a lenguaje, sino que el lenguaje se hace materia, se materializa, se hace carne. Lenguaje y materia se entrelazan creando cuerpos que son naturales y culturales al mismo tiempo, creando cuerpos que encarnan ciertos significados culturales que afectan a la realidad de sus vidas.

### **Cuando irrumpen las diferencias constitutivas**

El proceso de identificación es, así, una práctica significativa que está siempre abierta a la *différance* derrideana por el propio proceso performativo. En este sentido, la identificación es una especie de “fantasía de incorporación” (Hall, 2003, 15), es siempre una articulación y no una subsunción: siempre sobra o falta, nunca se ajusta al modelo impuesto social y simbólicamente. Tal y como afirma Butler, recordando el llegar a ser mujer de Simone de Beauvoir: “una nunca se convierte en mujer de igual modo que uno nunca se hace hombre, sino que siempre estamos en proceso de devenir algo, sin *telos*. Nadie alcanza nunca un estado final que e permita decir «ahora soy un verdadero hombre o una verdadera mujer»” (Butler, 2011, 67).

El mecanismo performativo de producción de las identidades opera fundamentalmente a través de la repetición y de la exclusión. Los ejercicios de exclusión delimitan qué es lo humano y crean, al mismo tiempo, lo abyecto. Judith Butler toma este concepto de Julia Kristeva (Kristeva 1980), que señala lo rechazado, aquello no vivible. Los cuerpos abyectos son cuerpos invivibles, no significativos, no inteligibles. Son *cuerpos que no importan*.

En este sentido, la performatividad que conforma nuestras identidades produce efectos de frontera e identidades fronterizas. Las identidades necesitan el “exterior constitutivo” (Butler, 2002, 26. Butler toma este concepto de Jacques Derrida (1977) *Posiciones*, Valencia, Pre-Textos), las fronteras; se producen realizando ejercicios de exclusión y a través de un proceso de cierre. Por ello, se ha de atender siempre a la relación con el exterior constitutivo y realizar siempre *la otra pregunta* que propone Mari Matsuda para comprender nuestros ejercicios de exclusión. Por ejemplo, cuando se cuestionan problemas derivados del género, sería



conveniente preguntar también si no están entrelazadas cuestiones relativas al racismo, al clasismo, al especismo, al capacitismo, etc. (Matsuda, 1991). Al comprender las identidades no como esencias sino como procesos de identificación abiertos podemos ser capaces de atender a los diversos procesos y a las diferentes categorías que nos atraviesan de manera, en ocasiones, contextual.

El proceso performativo de construcción de las identidades tiene dos consecuencias fundamentales para la deconstrucción de nuestros conceptos identitarios: el hecho de que las normas de género sean imposibles de cumplir por mucho que se intente, y el hecho de que se sostengan a través de ejercicios de exclusión: “Todas las identidades actúan por medio de la exclusión, a través de la construcción discursiva de un afuera constitutivo y la producción de sujetos abyectos y marginados, aparentemente al margen del campo de lo simbólico, lo representable (...), que luego retorna para trastornar y perturbar las exclusiones prematuramente llamadas «identidades»” (Hall, 2003, 35). Por otra parte, “las identificaciones nunca se construyen plena y definitivamente; se reconstituyen de manera incesante y, por eso, están sujetas a la volátil lógica de la reiterabilidad” (Hall, 2003, 36; Véase: Cano Abadía, 2013b).

Estos dos rasgos performativos son los que posibilitan la existencia de singularidades. Lo rechazado, lo que queda fuera de la definición, lo que queda sin significado, tiene la capacidad de irrumpir en la brecha de las normas de género. Lo rechazado no queda arrojado a un exterior absoluto, sino que configura un exterior constitutivo. Este exterior constitutivo no es completamente ajeno, sino que es producido en y por el mismo proceso de significación; y viceversa: “las identidades se construyen a través de la diferencia, no al margen de ella” (Hall, 2003, 18). Si bien el margen no es un espacio que se pueda habitar de manera ideal, es un espacio potente de subversión generado por el proceso performativo: producen desestabilización de la norma porque pueden irrumpir, y lo hacen, en el espacio de lo definido. Lo abyecto está al acecho, amenazando con desbordar el límite de la comprensión de lo que se considera como humano en cualquier momento. Así, reconocimiento y exclusión son dos caras de la misma manera en el proceso de identificación y subjetivación (Cano Abadía, 2010).

### **Nuevas concepciones identitarias y nuevas narrativas políticas**

Hall piensa la identidad como la intersección entre las relaciones sociales de producción y nuestra psique:

Uso «identidad» para referirme al punto de encuentro, el punto de *sutura* entre, por un lado, los discursos y prácticas que intentan «interpelarnos», hablarnos, o ponernos en nuestro lugar como sujetos sociales de discursos particulares y, por otro, los procesos que producen subjetividades, que nos construyen como sujetos susceptibles de «decirse». De tal modo, las identidades son puntos de adhesión temporaria a las posiciones subjetivas que nos construyen las prácticas discursivas (Hall, 2003, 20).

Por ello, pensemos en cómo afectan los discursos a los procesos de subjetivación y en cómo se pueden modificar los discursos con nuestras prácticas políticas. Además, considero que es importante atender al hecho de que las relaciones sociales son también interseccionales en sí mismas: género, raza, etnia, sexo, edad, clase, capacidad, especie, sexualidad, etc., son categorías sociales que nunca actúan de manera aislada. Elisabeth Spelman y Kimberle

Crenshaw evidencian que es un error intentar separar las categorías que nos conforman: no se puede aislar el género del resto de categorías que nos constituyen para tratar de revelar las opresiones que vivimos, por ejemplo, las mujeres. Una persona blanca, mujer, en silla de ruedas, no puede pensar en aquello que le ocurre únicamente por ser mujer, por ser negra o por necesitar una silla de ruedas. Hemos de tratar de atender a la complejidad de rasgos de nuestras identidades y no analizar únicamente las opresiones derivadas del género (si es que tal análisis sesgado es posible de realizarse en primer lugar). Además, Spelman y Crenshaw opinan que este tipo de análisis y tratamiento de las opresiones causa exclusiones, pues se tiende a pensar en las mujeres con diversidad funcional, o en las mayores, o en las de color como «las otras», «las diferentes». De esta manera, Spelman y Crenshaw abogan por una perspectiva interseccional que nos invite a pensarnos como identidades complejas y en red, como construcciones sociales y no monolíticas.

Pensarnos de una manera o de otra tiene consecuencias directas en nuestras maneras de plantear cursos de acción. Tal y como afirma Foucault: “La práctica es un conjunto de conexiones de un punto teórico con otro, y la teoría un empalme de una práctica con otra” (Foucault, 1992, 79). Nuestras ideas sobre las identidades influirán en la manera que tengamos de afrontar las prácticas políticas, y viceversa. Deconstruir las identidades afecta a nuestras prácticas, así como las identidades, aunque sean reescritas y deconstruidas, tienen efectos materiales sobre nuestras vidas: “[las identidades] surgen de la narrativización del yo, pero la naturaleza necesariamente ficcional de este proceso no socava en modo alguno su efectividad discursiva, material, o política, aun cuando la pertenencia (...) resida en parte en lo imaginario (así como en lo simbólico) y, por lo tanto, siempre se construya en parte en la fantasía o, al menos, dentro de un campo fantasmático” (Hall, 2003, 18).

De esta manera, además de destotalizar los conceptos ya existentes – o, precisamente, para tratar de destotalizarlos– podemos intentar pensar nuevos marcos conceptuales, nuevas narrativas, nuevas maneras de comprendernos que emborronen los intervalos y los procesos de cierre de nuestras identidades; nuevas maneras de tacharnos, de localizarnos.

Por esta razón, propongo revisar una cuestión fundamental de la filosofía kantiana: la pregunta acerca de lo que es humano y sobre lo que debemos hacer. Propongo, siguiendo a Elisabeth Grosz, Iris Van der Tuin y Karen Barad, un salto cuántico – “a quantum leap” (Barad, 1999, 428; Van der Tuin, 2011, 276)– que nos podría llevar a un razonamiento condicional: cómo podría ser pensado el ser humano y, por lo tanto, qué deberíamos hacer en ese nuevo contexto. Un salto cuántico en filosofía es un salto más conceptual que empírico (“conceptual rather than empirical” Grosz, 2010, 49) que crea marcos conceptuales que son capaces de hacer pensar en diversas realidades posibles. Es necesario crear nuevos e innovadores marcos teóricos para rearticular la relación entre la identidad y las prácticas discursivas, y para explorar nuevas formas de pensar diversas identidades. Estas nuevas formas de abordar las identidades deben orientarse a la creación de un marco transnacional y global de la justicia en el que seríamos capaces de minimizar la opresión y podríamos, al mismo tiempo, problematizar nuestras propias posiciones privilegiadas. En este sentido, Stuart Hall sugiere:

Es preciso que situemos los debates sobre la identidad dentro de todos esos desarrollos y prácticas históricamente específicos que perturbaron el carácter relativamente «estable» de muchas poblaciones y culturas, sobre todo en relación con los procesos de globalización, que en mi opinión son coextensos con la modernidad, y los procesos de migración forzada y «libre» convertidos en un fenómeno global del llamado mundo «poscolonial» (Hall, 2003, 17).

La creación de marcos que son más conceptuales que empíricos puede parecer una manera de alejarse de este análisis de las identidades en el marco de las prácticas históricas y discursivas; sin embargo, por una parte considero que ambas formas de análisis no son incompatibles y, por otra parte, creo que incluso se pueden complementar: ciertos ejercicios de pensamiento condicional sobre nuestras identidades pueden proporcionarnos herramientas potentes para pensar nuestras políticas actuales. Tal y como afirma Hall:

Aunque parecen invocar un origen en un pasado histórico con el cual continúan en correspondencia, en realidad las identidades tienen que ver con las cuestiones referidas al uso de los recursos de la historia, la lengua y la cultura en el proceso de devenir y no de ser; no «quiénes somos» o «de dónde venimos» sino en qué podríamos convertirnos, cómo nos han representado y cómo atañe ello al modo como podríamos representarnos. Las identidades, en consecuencia, se constituyen dentro de la representación y no fuera de ella (Hall, 2003, 17-18).

Por supuesto, este salto cuántico que piensa lo que no ha ocurrido no es una propuesta totalmente novedosa: desde la filosofía Friedrich Nietzsche propuso su sujeto intuitivo (Nietzsche, 2011), Foucault su sujeto anormal (Foucault, 2001), Gilles Deleuze y Guattari ya rastrearon los personajes conceptuales reales o ficticios (Deleuze y Guattari, 2001); ciertas feministas llevan ya tiempo presentando la posibilidad de pensarnos de otra manera mediante sujetos híbridos, posicionales, y no monolíticos ni esencialistas.

Una de las primeras autoras en lanzar varias propuestas feministas utópicas de nuevos sujetos es Monique Wittig. Wittig ha creado, sobre todo en sus ficciones, varias figuras políticamente subversivas que pueden llevar a pensar nuevas comunidades sociales y de afectos: las guerrilleras (Wittig, 1971), las lesbianas (Wittig, 1977; Cano Abadía, 2012), las Amazonas y las *runaways* (Wittig, 1981), Wittig concibe estos sujetos feministas como vagabundas o fugitivas de la norma. En “Homo Sum” reflexiona sobre lo que es humano hoy en día, dentro del contrato social heterosexual:

A pesar de su pretensión universal, aquello que ha sido considerado hasta ahora como «humano» en nuestra filosofía occidental sólo se refiere a una minoría de personas: los hombres blancos, los propietarios de los medios de producción, y los filósofos, que desde siempre teorizan su punto de vista como si fuera exclusivamente el único posible (Wittig, 2006, 73).

Considero que en sus obras de ficción ella misma ha tratado de imaginar los sujetos políticos desde los márgenes que se quedan fuera de esta definición restrictiva de lo que se considera como humano. Las obras de ficción de Wittig nos proporcionan sujetos diferentes que permiten pensar la política de otra manera.

Además de la amplia obra de Wittig, podemos rastrear otras figuras políticas feministas como la queer mestiza de Gloria Anzaldúa, el sujeto excéntrico de Teresa de Lauretis, el sujeto nómada de Rosi Braidotti, el sujeto performativo, opaco y vulnerable de Judith Butler, el cyborg de Donna Haraway. Podemos rastrear también diferentes maneras de escribir acerca de estos sujetos, diferentes narrativas que nos posicionan en horizontes políticos distintos como la escritura de Hélène Cixous, Audre Lorde, Donna Haraway o la propia Monique Wittig.



Si bien será apasionante realizarlo en otro lugar, analizar exhaustivamente cada uno de estos sujetos y estas narrativas no es mi objetivo aquí; sólo pretendo apuntar brevemente que el pensamiento feminista ya ha explorado ciertas maneras de pensar nuestras identidades de manera no esencialista sino atendiendo a las interconexiones y adhesiones entre los sujetos, y entre los sujetos y ciertas condiciones materiales reales o imaginadas, y a la interseccionalidad de las categorías que nos conforman.

### Conclusiones

Partiendo de la simultaneidad de la necesidad y la imposibilidad de las identidades y de la interseccionalidad de las identidades, considero que es importante realizar ejercicios constantes de cuestionamiento de las categorías identitarias en todos sus aspectos y en todas sus relaciones. Sólo tratando de desestabilizar la supuesta estabilidad y naturalidad de las categorías identitarias podremos tratar de paliar los efectos de exclusión que éstas provocan y las jerarquías que establecen.

Para poder dirigirnos hacia unas políticas feministas inclusivas se pueden tratar de explorar identidades posicionales a la vez que se intentan evitar los núcleos estables del yo individual o colectivo. Pensar nuestras identidades como entrecruzadas y construidas de múltiples maneras puede contribuir a posibilitarnos imaginar diferentes escenarios políticos que persigan el fin de todo tipo de jerarquía y opresión.

Considero importante realizar un doble ejercicio para pensar nuestras prácticas feministas: por una parte, como las identidades se forman siempre dentro de unos discursos concretos, hemos de atender a los contextos históricos, culturales e institucionales específicos; por otra parte, aunque parezca alejarnos de lo concreto, resulta interesante realizar ejercicios conceptuales y narrativos para crear marcos de comprensión diferentes que nos lleven hacia prácticas diferentes y lógicas discursivas diferentes.

### Bibliografía

- Barad, Karen (2003) "Posthuman Performativity: Toward an Understanding of How Matter Comes to Matter", *Signs*, Vol. 28, nº 3, pp. 801-831.
- Birulés, Fina, (2007) "algunas observaciones sobre identidad y diferencias", *Cuaderno Gris*, nº 9, pp. 239-242.
- Butler, Judith (1988) "Performative Acts and Gender Constitution: An Essay in Phenomenology and Feminist Theory", *Theatre Journal*, Vol. 40, nº 4, pp. 519-531.
- Butler, Judith (2002) *Cuerpos que importan*, Barcelona, Paidós.
- Butler, Judith (2007) *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*, Barcelona, Paidós.
- Butler, Judith, (2011) "Violencia de Estado, guerra, resistencia. Por una nueva política de la izquierda + "Las categorías nos dicen más sobre la necesidad de categorizar los cuerpos que sobre los cuerpos mismos" (entrevista de D. Gamper Sachse), Madrid, Katz Editores.
- Cano Abadía, Mónica (2010) "Reconnaissance et exclusion: armes à double tranchant", en la versión digital de las actas de la Jornada de Estudios Doctorales *Le désir de reconnaissance entre vulnérabilité et performativité*, laboratorio de investigación

- Sciences, Philosophie, Humanités*, Universidades Bordeaux 1 y Bordeaux 3, Burdeos (Francia): <<http://vulnerabiliteperformative.wordpress.com/>>.
- Cano Abadía, Mónica (2012) “Reflexionando sobre Wittig: *Las guerrilleras y El cuerpo lesbiano*”, *Thémata. Revista de Filosofía*, nº 46, pp. 345-351.
- Cano Abadía, Mónica (2013a) “De las políticas identitarias al feminismo *queer*”, en Beatriz Suárez (Ed.), *Feminismos lesbianos y queer: representación, visibilidad y políticas*, Madrid, Plaza y Valdés, pp. 83-89.
- Cano Abadía, Mónica (2013b) “Palabras que ¿sólo? hieren. Repeticiones abyectas y resignificaciones liberadoras”, *THÉMATA. Revista de filosofía*, nº 48, julio-diciembre 2013, pp. 217-227.
- Cano Abadía, Mónica (2014) “La cuestión del sujeto en la filosofía de Judith Butler”, Juan Manuel Aragüés Estragués y Jesús Ezquerro Gómez (Coords.), *De Heidegger a Deleuze. Panorama de la ontología y antropología contemporáneas*, Pressas Universitarias de Zaragoza, pp. 141-158.
- Deleuze, Gilles y Guattari, Felix (2001) *¿Qué es la filosofía?*, Barcelona, Anagrama.
- Foucault, Michel, (1992) *Microfísica del poder*, Madrid, La Piqueta.
- Foucault, Michel, (2001) *Los anormales: curso del Collège de France (1974-1975)*, Madrid, Akal.
- Fuss, Diana (1999a) “Dentro/Fuera” en Neus Carbonell y Meri Torras (eds.), *Feminismos literarios*, Madrid, Arco Libros.
- Fuss, Diana (1999b) “Leer como una feminista” en Neus Carbonell y Meri Torras (eds.), *Feminismos literarios*, Madrid, Arco Libros, pp. 127-146.
- Grosz, Elizabeth (1999) *Volatile Bodies: Toward A Corporeal Feminism*, Bloomington: Indiana University Press.
- Grosz, Elizabeth (2010) “The Untimeliness of Feminist Theory”. *NORA – Nordic Journal of Feminist and Gender Research*, Vol. 18, nº1. pp. 48-51.
- Hall, Stuart (2003) “¿Quién necesita «identidad»?”, en HALL, Stuart y DU GAY, Paul (Comps.), *Cuestiones de identidad cultural*, Amorrurtu, Buenos Aires, pp. 13-39.
- Kristeva, Julia (1980) *Pouvoirs de l'horreur*, París, Seuil.
- Matsuda, Mari J. (1991) “Beside My Sister. Facing the Enemy: Legal Theory Out of Coalition”, *Stanford Law Review*, Vol. 43, Nº 6, pp. 1183-1192.
- Nietzsche, Friedrich, (2011) “Sobre verdad y mentira en sentido extramoral” en *Obras completas. Volumen I. Escritos de juventud*, Edición dirigida por Diego Sánchez Meca, Madrid, Tecnos, pp. 609-619.
- Spivak, Gayatri (1998) “¿Puede hablar el sujeto subalterno?”, *Orbis Tertius*, año III, nº 6, pp. 1-44.
- Van der Tuin, Iris (2011) “New feminist materialisms”, *Women's Studies International Forum*, 34, pp. 271-277.
- WITTIG, Monique (1971) *Las Guerrilleras*, Barcelona, Editorial Seix Barral.
- WITTIG, Monique (1977) *El cuerpo lesbiano*, Valencia, Pre-Textos.
- WITTIG, Monique (2006) *El pensamiento heterosexual y otros ensayos*, Madrid, Egales.
- Wittig, Monique y Zeig, Sande (1981) Borrador para un diccionario de las amantes, *Madrid, Lumen*.